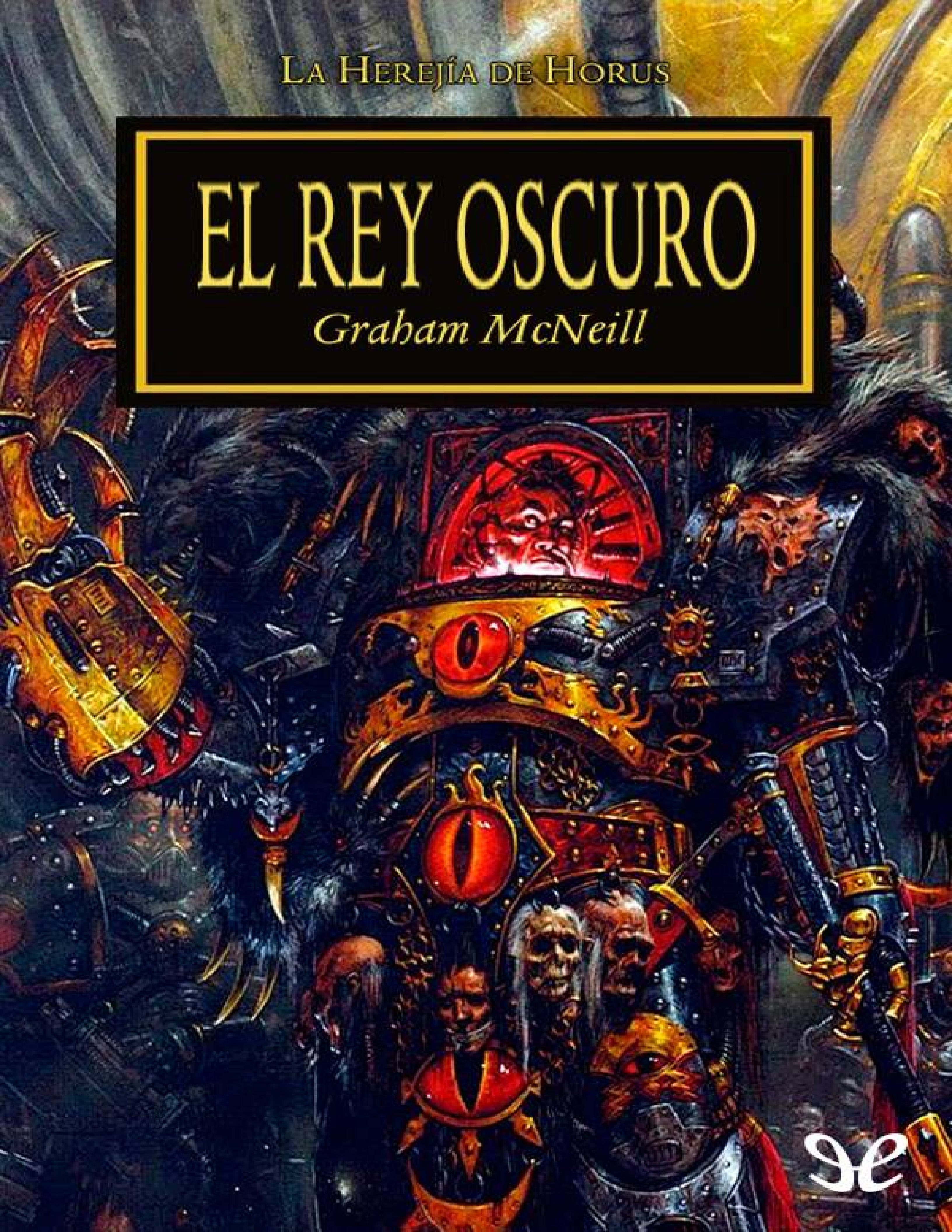

LA HEREJÍA DE HORUS
EL REY OSCURO
Graham McNeill

En El rey oscuro nos narra el suceso que precipitó finalmente la caída en la locura de Konrad Curze, primarca de los Amos de la Noche, durante la campaña en Cheraut junto a los Puños de Hierro y los Hijos del Emperador.



Graham McNeill

El rey oscuro

Warhammer 40000. Herejía de Horus 2.1

ePub r1.0
epublector 10.10.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *The Dark King*
Graham McNeill, 2008
Traducción: adeptus-translat

Editor digital: epublector
ePub base r1.0





EL REY OSCURO

GRAHAM McNEILL

Donde antes había habido luz, ahora sólo había oscuridad.

El pulso cálido y urgente de la muerte cercana brotó en sus venas, el amargo sabor de la traición totalmente esperada pero en absoluto bienvenida. Sabía lo que había de venir, se trataba del resultado inevitable de la ingenua creencia en la bondad del corazón humano. La muerte llenaba sus sentidos, la sangre cubría sus dientes y su hedor le llenaba los orificios nasales.

Como si fuera ayer, los recuerdos largo tiempo enterrados de los años pasados en el mundo nocturno de Nostramo se estamparon en la vanguardia de sus pensamientos: las noches embrujadas tachonadas de franjas de luces vacilantes que destellaban en las calles empapadas de lluvia y la quietud de la población sometida por el miedo. De la fétida oscuridad había surgido la iluminación y la esperanza, la promesa de un futuro mejor. Pero ahora toda esperanza se hacía añicos mientras la cegadora lanza del futuro abrasaba sus pensamientos…

… la muerte de un mundo y un ojo terrible negro y oro contemplándolo arder…

… astartes luchando a muerte bajo un cielo rojo encendido…

… un águila dorada derribada de los cielos…

Gritó de dolor mientras aquellas imágenes de destrucción y del fin de todas las cosas desfilaban en el interior de su mente. Las voces lo llamaban. Oyó su nombre, el nombre que su padre le había otorgado y el que su gente le había dado en sus terroríficas vigías en la oscuridad.

Abrió los ojos y dejó que las visiones se desvanecieran de su mente a medida que las sensaciones del mundo físico regresaban a él. Sangre y lágrimas saladas le anegaban los ojos y desvió la mirada en dirección al sonido de las voces que lo llamaban por su nombre.

Las caras horrorizadas lo miraban con miedo, pero aquello no era nada nuevo. Sus bocas vomitaban un parloteo para él absurdo, el significado de las palabras se perdía en el vociferante ruido blanco que poblaba su cráneo.

¿Qué visión podía ser tan terrible? ¿Qué podía evocar tal horror?

Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba agazapado sobre otra figura viva que respiraba. Un gigante ataviado con una toga dorada hecha

jirones, su pelo de un blanco hueso salpicado de relucientes gotas rubí.

Un manto de terciopelo rojo hilvanado de oro se extendía bajo él como un charco de sangre.

La piel de hierro, morena, abierta y sangrando.

Se apartó de la destrucción causada al cuerpo que yacía bajo él levantando las manos, apretándolas en puños. La sangre goteaba de las yemas de sus dedos y podía saborear la cálida riqueza de la maestría genética codificada en cada molécula que cubría sus dientes.

Conocía a ese gigante.

Su nombre era legendario, su corazón pétreo y su maestría en la guerra inigualable. Su nombre era Rogal Dorn.

Volvió a alzar la mirada cuando oyó su propio nombre, mencionado por un guerrero de servoarmadura dorada de los Puños Imperiales que portaba la heráldica negra y blanca de su primer capitán.

Conocía a ese guerrero también…

—¡Curze! —gritó Sigismund—. ¿Qué has hecho?

El vacío del espacio parpadeaba con el halo de los soles distantes más allá del cristal blindado, planetas lejanos y sistemas desconocidos giraban en sus arcos prefijados ignorantes de los dramas que se representaban en el escenario de los afanes humanos. ¿Qué sabían aquellos que vivían bajo esos soles del sistema Cheraut y de la sangre que se había derramado para pacificarlo en nombre del emergente Imperio de la humanidad?

Curze sofocó la rabia que le provocaban tales cuestiones, mirando fijamente su reflejo con aquellos ojos de fría obsidiana que parecían cuencas vacías en sus pálidas y hundidas facciones. Su pelo lacio caía desde su cuello y se derramaba por sus anchos y poderosos hombros.

Se apartó de su reflejo, incómodo por la espantosa decepción que veía en él.

Un destello metálico atrapó su hosca mirada: su servoarmadura, colocada en un nicho ensombrecido de la pared más lejana. Cruzó la cámara y posó sus manos sobre el casco labrado en forma de calavera. Los rasgos

como joyas de las lentes parpadearon en la escasa luz y las alas oscuras se extendieron a sus lados como las de un ángel vengador de la noche. Las placas pulidas eran oscuras, como correspondía al primarca de los Amos de la Noche, cada una contorneada perfectamente para ajustarse a su forma y estaban rematadas con aristas de oro que capturaban la luz de las estrellas.

Dando la espalda a su armadura de combate, paseó por el suelo duro y metálico de aquella lúgubre y cavernosa cámara en la que lo habían confinado. Gruesas columnas de acero sostenían el gran techo abovedado, sus tramos superiores perdidos en la sombra y el rumor del poderoso reactor de la fortaleza estelar latía como su pulso en el metal.

Aquella estética de austeridad funcional era típica de los Puños Imperiales, cuyo artífice había construido aquella colosal fortaleza orbital para que sirviera como base de operaciones desde la que comenzar con el sometimiento del sistema Cheraut.

Los Hijos del Emperador habían celebrado su tradicional banquete de la victoria antes de que se efectuara el primer disparo y junto a la legión de Fulgrim y a los Amos de la Noche, los Puños Imperiales de Rogal Dorn habían roto las defensas de la beligerante coalición humana que se resistía a la llegada del Imperio. En un plazo de ocho meses de dura y sangrienta batalla el águila ondeaba sobre los escombros humeantes del último bastión, pero donde Dorn había alabado a la legión de Fulgrim, la conducta de los Amos de la Noche sólo se había ganado su ira.

La situación había llegado a un punto crítico en medio de las ruinas plateadas de Osmium. Las piras de los muertos tiznaban de negro los cielos y Curze observaba a sus capellanes orquestar las ejecuciones de los prisioneros derrotados cuando Dorn se presentó en su campamento, con su tersa cara atribulada.

—¡Curze!

Nunca antes Rogal Dorn lo había llamado por su apellido.

—¿Hermano? —contestó éste.

—¡Por el Trono! ¿Qué estás haciendo? —preguntó Dorn, su tono normalmente afable ahogado en las profundidades de su indignación.

Una falange de guerreros de servoarmadura de oro acompañaban a su señor, e inmediatamente Curze percibió la tensión en el ambiente.

—Castigar a los culpables —contestó secamente—. Restablecer el orden.

El primarca de los Puños Imperiales negó con la cabeza.

—Esto no es orden, Curze, esto es asesinato. Ordena a tus guerreros que se retiren. Mis Puños Imperiales tomarán el control de este sector.

—¿Qué se retiren? —dijo Curze—. ¿Acaso no son el enemigo?

—Ya no —dijo Dorn—. Ahora son prisioneros, pero pronto serán población y parte del Imperio. ¿Has olvidado el propósito del Emperador al declarar la Gran Cruzada?

—Conquistar —dijo Curze.

—No —dijo Dorn, apoyando un guantelete dorado sobre la guarda de su hombro—. Somos libertadores, no destructores, hermano. Traemos la luz de la iluminación, no la muerte. Debemos gobernar con benevolencia si queremos que esta gente llegue a reconocer nuestra autoridad sobre esta galaxia.

Curze se estremeció bajo el contacto, resentido por la fácil amistad que fingía Dorn. Una rabia biliosa bullía bajo su piel, pero si Dorn fue consciente de ello no dio muestra alguna.

—Esta gente se ha resistido a nosotros y debe pagar la pena por tal crimen —dijo Curze—. La obediencia al Imperio vendrá de la mano del miedo al castigo, lo sabes tan bien como cualquiera, Dorn. Mata a aquellos que se resistan y los demás aprenderán que oponerse a nosotros es morir.

Dorn volvió a negar con la cabeza, agarrándolo del brazo para apartarlo de las miradas curiosas que su acalorada discusión estaba atrayendo.

—Te equivocas, pero hablaremos de esto en privado.

—No —dijo Curze, librándose con furia del agarre de Dorn—. ¿Crees que esta gente hincará sus rodillas dócilmente porque mostremos compasión? La piedad es para débiles y necios. Sólo alimenta la corrupción

y la traición eventual. El miedo a las represalias es lo que mantendrá a raya a este planeta, no la benevolencia.

Dorn suspiró.

—Y el odio que siembres en aquellos que dejes vivos pasará de una generación a la siguiente hasta que este mundo estalle en una guerra en la que ninguno de los que la disputen recuerde la causa. Así nunca acabará, ¿no lo ves? El odio sólo engendra odio y el Imperio no puede edificarse sobre tales cimientos ensangrentados.

—Todos los imperios se forjan en sangre —dijo Curze—. Fingir que no es así es ingenuo. La fuerza de la ley no puede mantenerse con la ciega esperanza de que la naturaleza humana sea inherentemente buena. ¿No hemos visto lo suficiente para saber que, en definitiva, la gran masa de la humanidad debe ser forzada al acatamiento?

—No me puedo creer que esté oyendo esto —dijo Dorn—. ¿Qué es lo que se ha apoderado de ti, Curze?

—Nada que no haya estado siempre ahí, Dorn —dijo Curze alejándose a zancadas de la poderosa figura dorada y agarrando de la guerrera a uno de los pocos prisioneros que quedaban, recogió un bólter tirado en el suelo y de un empujón le colocó el arma en sus manos temblorosas.

Curze se agachó y le dijo:

—Adelante. Mátame.

El hombre, aterrorizado, negó con la cabeza, el arma desmesurada se sacudía entre sus manos a pesar de que sus miembros estaban paralizados.

—¿No? —dijo Curze—. ¿Por qué no?

El prisionero intentó hablar, pero estaba tan sobrecogido por la terrorífica proximidad del primarca que sus palabras fueron ininteligibles.

—¿Tienes miedo de que te maten?

El hombre asintió y Curze se dirigió a sus guerreros:

—Nadie hará daño a este hombre. No importa lo que ocurra, no se le castigará.

Curze se dio la vuelta y caminó hacia Dorn con los brazos abiertos, dándole la espalda al prisionero.

Apenas se había dado la vuelta cuando el hombre levantó el arma y la seca detonación del disparo del bólter partió el aire. Saltaron chispas cuando el proyectil explosivo rebotó en la servoarmadura de Curze y éste giró sobre sus tobillos para astillar el cráneo del prisionero con su puño.

El cadáver decapitado osciló por un momento antes de caer lentamente sobre sus rodillas y desplomarse de bruces.

—Ya ves… —dijo Curze, con sus dedos goteando sangre y fragmentos de hueso.

—¿Y qué se supone que prueba eso? —preguntó Dorn, con sus rasgos contraídos en una mueca de desagrado.

—Que a la menor oportunidad que tengan los mortales elegirán el camino de la disensión. Cuando pensó que sería castigado no se atrevió a disparar, pero en el momento en que se creyó libre de las consecuencias, actuó.

—Has obrado de mala fe —dijo Dorn.

Curze se apartó de él antes de que pudiera seguir argumentando, pero el primarca de los Puños Imperiales lo agarró del brazo.

—Tus guerreros se retirarán, Curze. Es una orden, no una petición. Abandona este planeta. Ahora.

Los ojos de Dorn se habían endurecido como el granito y Curze conocía lo suficiente la resolución de su hermano como para darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Cuando esta campaña termine tendremos unas palabras, Curze. Has cruzado una línea y no pienso tolerar más tus bárbaros métodos de guerra. Tu camino no es el camino del Imperio.

—Quizá tengas razón… —susurró Curze.

Y dirigió a sus guerreros lejos del campo de batalla, con sus oscuras servoarmaduras haciéndolos parecer sombras entre las ruinas.

Se preguntaba qué habría pasado si aquel debate hubiera llegado a su conclusión lógica.

Curze se desprendió de la violencia inherente a esa línea de pensamiento y se pasó una mano por su pelo negro, sintiéndose como un animal enjaulado, cuando la puerta de su cámara —su prisión— se abrió y entró un guerrero de pulida servoarmadura azul medianoche. Más allá de la puerta pudo ver las figuras blindadas de púrpura de la Guardia del Fénix de Fulgrim, sus alabardas doradas y las cotas de malla de bronce resplandecían en la pálida luz de la fortaleza estelar.

Dorn y Fulgrim no iban a correr riesgos con respecto a su confinamiento.

El recién llegado llevaba afeitada la cabeza, pálida y angular, con sus ojos de negro azabache emboscados bajo un ceño prominente sobre una mandíbula agresiva.

Curze hizo un gesto de reconocimiento ante la visión de su palafrenero el capitán Shang e hizo una seña para que se acercara con un movimiento impaciente de su mano.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Curze mientras Shang hacía una seca reverencia frente a él.

—El señor de los Puños se recupera, mi señor. Un ser inferior a un primarca habría muerto tres veces con las heridas que le provocasteis.

Curze devolvió la mirada a las órbitas de las estrellas más allá del casco de la estación, demasiado consciente de la severidad de las heridas de Dorn que había abierto con sus propios dientes y uñas desnudas.

—Entonces debo esperar el juicio de mis pares, ¿no es así?

—Con todo respeto, mi señor, derramasteis sangre de un hermano primarca.

—Y demandarán sangre en pago, sin duda…

Recordó a Dorn irrumpiendo en sus estancias, enfurecido por las matanzas sobre Cheraut e indignado por lo que Fulgrim le había contado —los secretos que a su vez Curze había confiado a Fulgrim días antes—. El ataque le había sobrevenido a Curze mientras el Fénix le contaba historias de Chemos, derribándolo contra el suelo y arrasando su mente con horrendas visiones de una pesadilla futura de muerte y oscuridad sin remisión.

Conmovido por la aparente preocupación de Fulgrim, Curze había confiado en su antiguo tutor, contándole las visiones que lo habían acosado desde sus primeros días en Nostramo.

Una galaxia en llamas.

Astartes volviéndose unos contra otros.

La muerte que lo esperaba a manos de su padre…

Los pálidos y aquilinos rasgos de Fulgrim habían permanecido estoicos, pero Curze había visto el desasosiego que saltó en sus ojos. Había esperado que Fulgrim mantuviera la confidencia de su confesión, pero cuando Dorn apareció en su puerta, supo que lo había traicionado.

La verdad era que apenas tenía recuerdo de lo que había ocurrido tras las acusaciones de insultar al Emperador… el presente se había desvanecido y el futuro había asaltado su mente con visiones agónicas de una galaxia atrapada en un ciclo de guerra sin fin, donde los xenos, los mutantes y los rebeldes se habían alzado para celebrar un banquete con el cadáver putrefacto del Imperio.

¿*Ese* era el futuro que el Emperador estaba creando? Aquel era el destino definitivo de una galaxia en la que el miedo al castigo dejaba de ser un agente de control. Aquel era el inevitable resultado de permitir que hombres débiles acuñaran el destino de la humanidad y Curze sabía que, de todos los primarcas, sólo uno tenía la fuerza de voluntad que se necesitaba para moldear el nuevo Imperio del barro maleable de su forma presente.

—Ha llegado el momento de forjar nuestro propio camino, Shang —dijo Curze.

—¿Entonces éste es el momento que previsteis?

—Sí. Mis hermanos aprovecharán la ocasión para deshacerse de nosotros.

—Creo que estáis en lo cierto —confirmó Shang—. Mis fuentes dicen que se ha hablado y no de manera frívola, de llamar a la legión a Terra para rendir cuentas de nuestros métodos de guerra.

—Lo sabía. Como no pueden matarme, los cobardes eligen golpearme a través de mi legión. ¿Lo ves, Shang? Han estado esperando esta oportunidad durante décadas. Son todos unos necios débiles que no tienen

agallas para hacer lo que debe hacerse, pero yo sí, oh, sí, yo sin duda lo haré.

—¿Entonces cuál será nuestro curso, mi señor?

—Puede que Fulgrim y Dorn me hayan traicionado, pero eso no significa que no tengamos amigos entre las demás legiones —dijo Curze—. Pero primero tenemos que poner orden en nuestra propia casa. Dime, ¿qué noticias hay de Nostramo?

—Es como nos temíamos, mi señor —dijo Shang—. El régimen del Lord Gobernador Balthius ha fallado. Abunda la corrupción, los criminales gobiernan desde las espirales arruinadas de Nostramo Quintus y la anarquía es endémica.

—Entonces no tengo tiempo que perder mientras estos imbéciles estrechos de miras deciden mi destino como si fuera un humilde siervo que merece una reprimenda.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, mi señor?

—Prepara nuestras naves, capitán —dijo Curze—. Volvemos a Nostramo.

—Pero tenéis órdenes de permanecer aquí recluido, mi señor —Shang hizo una seña hacia la puerta—. Los pretorianos de Lord Fulgrim y los templarios de Dorn guardan vuestras cámaras.

Curze sonrió con un rictus y dijo:

—Déjamelos a mí…

Curze sacó la última pieza de la servoarmadura de la oscura hornacina y la alzó por encima de su cabeza. Se giró hacia la puerta de su cámara y bajó el casco hasta que el visor labrado como una calavera se conectó a la gorguera con un siseo de presurización. Su visión cambió sutilmente y su percepción se amplió y se amalgamó con las sombras del cuarto levemente iluminado.

Ralentizó su respiración y expandió sus sentidos, la oscuridad era como un segundo hogar para él después de todos los años pasados en su abrazo como un depredador de los débiles y los culpables. Sintió arrepentimiento por un momento por el punto al que había llegado, pero aplastó ferozmente

esa impresión. La duda, la lamentación, la vacilación, eran debilidades que otros podían padecer, pero no Konrad Curze.

Su respiración se hizo más profunda y la oscura cámara cobró vida para él.

Sintió el poder de la oscuridad: el frío intelecto de los cazadores y las criaturas de la noche que mataban bajo su manto. Los instintos letales afinados en cientos de campos de batalla —incrementados ahora a niveles imposibles de soñar— le servirían igual de bien en éste.

Extendió los brazos y una oleada de fuerza psíquica pulsó como la onda expansiva de una explosión con Curze como su epicentro. Las franjas de energía brillante que flotaban en la cámara explotaron en rápida sucesión, detonando una tras otra en rociadas de chispas traslúcidas. Los cristales rotos tintinearon musicalmente sobre la cubierta de acero como una lluvia de vidrio.

Los cables de alta tensión chisporroteaban colgados del techo, silbando y siseando como serpientes iracundas mientras las descargas eléctricas lanzaban fogonazos de azul por toda la habitación.

Hostiles señales rojas de alarma parpadearon. La fría luz disminuyó dentro cuando la puerta se abrió y aparecieron un puñado de guerreros armados que permanecieron quietos recortados como siluetas.

Curze saltó y se aferró al entramado del friso sobre la columna más cercana, balanceándose hacia la profunda oscuridad de la cámara, donde las luces no podían alcanzarle. Se agarró con las piernas a una viga y trepó más alto aún mientras los guerreros se desplegaban con las alabardas preparadas para atacar frente a ellos.

Les oyó decir su nombre, con las voces dejando ecos en la oscuridad.

Con una mera contracción muscular ya estaba en el aire, una sombra rutilante de estrellas muertas y extinción. Los guerreros bajo él podían contar con los sentidos de sus armaduras de combate para penetrar la oscuridad, pero estos palidecían en comparación con los del primarca de los Amos de la Noche. Donde otros sólo veían luz y oscuridad, Curze veía la miríada de tonos y sombras invisibles de aquellos que se habían vuelto uno con sus sombrías profundidades.

Un guardia del Fénix permanecía justo debajo de él, escaneando la cámara en busca de su ocupante cautivo, inconsciente de que su condenación se arrastraba en las sombras por encima.

Curze descendió por la columna, serpenteando más cerca a cada latido y extendiendo la mano como la hoja de un hacha. El guerrero murió con la cabeza limpiamente separada de sus hombros, con la carne de hierro del primarca perforándole a través de la gorguera blindada. Apenas propinó el golpe Curze ya estaba de nuevo en movimiento, lanzándose en picado hacia la oscuridad como una sombra.

Los gritos de alarma resonaron cuando sus carceleros se dieron cuenta de que estaba entre ellos, los haces de luz de sus cascos apuñalaban la oscuridad y se entrecruzaban frenéticamente intentando localizar su posición. Con una habilidad fruto de décadas pasadas como un asesino cazador de hombres, Curze cruzó como un fantasma invisible entre los rayos de luz.

Otro guerrero cayó con el torso abierto en canal, la sangre chorreaba de las arterias desgarradas como válvulas de presión reventadas. Los disparos rompieron la oscuridad, los estallidos de los cañones destellaron mientras los guerreros abrían fuego contra su atacante invisible. Ninguno se acercó siquiera, dondequiera que disparasen Curze ya se había alejado del daño girando en el aire como un espectro maligno que esquivaba los proyectiles de bólter y los amplios sesgos de las cuchillas.

Uno de los templarios de Dorn retrocedió hacia un charco de luz y Curze se deslizó a la oscuridad tras él, moviéndose de una forma imposiblemente silenciosa para un guerrero con servoarmadura. Una sensación como nunca antes había sentido lo invadió y danzó en su sangre, una que Curze saboreó cuando comprendió lo que era.

Contrariamente al arrebatado pronunciamiento de Guilliman, parecía que los astartes *podían* conocer el miedo.

Aquel miedo —que es lo que era— era algo que debía atesorarse. El miedo mortal era algo rancio y sudoroso pero aquello… aquello era como un relámpago atrapado en el tuétano.

Curze se abalanzó sobre el templario armado, uno de los mejores y más valientes de Dorn.

Veterano o no, murió como cualquier otro hombre: en medio de sangre y agonía.

—La muerte os acecha en la oscuridad —gritó Curze—. Y conoce vuestros nombres.

Pudo oír las llamadas frenéticas pidiendo refuerzos, pero los sistemas superiores de su propia servoarmadura interfirieron fácilmente las comunicaciones y se elevó por el aire una vez más, saltando de sombra en sombra.

—Nadie vendrá —dijo—. Vais a morir aquí, solos.

Una lluvia de fuego siguió a su sentencia mientras los guerreros intentaban determinar su posición en la oscuridad.

Pero Curze *dominaba* la oscuridad y no importaba con qué luz o sentidos contaran aquellos guerreros, no eran ni lejanamente suficientes para evitar que los matara. Podía ver a los supervivientes —un templario y dos de los guardias del Fénix— retirándose hacia la puerta. Se habían dado cuenta de que aquella era una lucha que no podían vencer, pero habían cometido el error de pensar que una lucha con Konrad Curze era una de la que se podía huir.

Riendo con la euforia de la caza, un placer que había olvidado a falta de una presa digna, planeó y se dejó caer entre ellos como un depredador.

Su puño perforó a través de la servoarmadura del primer guardia del Fénix y Curze arrancó de un tirón la columna vertebral de su víctima. Dejando la curvatura ensangrentada del hueso machacado asomando de la herida abierta, aferró la alabarda del guerrero muerto y aterrizó mientras los otros guerreros se giraban en dirección al grito agonizante.

Antes de que pudieran reaccionar, Curze barrió con la alabarda en un amplio arco a dos palmos de la cubierta. La hoja de energía cortó a través de blindaje, carne y hueso con un abrasador y penetrante hedor eléctrico.

Ambos guerreros cayeron al suelo, gruñendo de dolor al desplomarse sobre los muñones ensangrentados de sus piernas. Curze tiró la alabarda a

un lado y bloqueó el contraataque del guardia del Fénix caído, partió el arma del enemigo en dos y hundió los extremos astillados en su pecho.

El templario rugió de rabia y logró soltar un disparo antes de que Curze estuviera sobre él. Arrancó el arma de la mano de su víctima poniéndole una rodilla en el pecho y la otra sobre el brazo izquierdo. El guerrero inmovilizado alzó el brazo libre para golpearlo. Curze atrapó el golpe y arrancó el brazo de su articulación.

Y lo que antes había sido un lugar de encarcelamiento ahora era un matadero. Los arcos de las salpicaduras de sangre bañaban las paredes y el suelo y los cuerpos rotos, decapitados o mutilados, descansaban esparcidos como despojos quirúrgicos desechados.

Curze sonrió ante la escena de la matanza y la persona que había llevado como disfraz desde que se había arrodillado ante su padre cayó como una máscara descartada.

Nunca más sería Konrad Curze.

Ahora era el Acechante Nocturno.

El Acechante Nocturno dio la vuelta a la última carta y apretó la mandíbula cuando el patrón familiar apareció una vez más. El estrategium de su nave insignia se mantenía a oscuras, con el tenue resplandor azul de las consolas y los proyectores hololíticos como islas de luz en la oscuridad. El primarca de los Amos de la Noche no prestaba atención a su entorno, ignorando la tensión de la que estaba impregnado, la impaciencia que erizaba a cada miembro de la tripulación del puente.

Una baraja de cartas descansaba sobre la suave luminosidad del atril frente a él, sus bordes desgastados y doblados tras décadas de barajar y repartir. Poco más que un juego de salón popular entre los ricos indolentes de Nostramo Quintus, había descubierto que las variaciones de aquellos naipes se habían empleado en las colmenas de Medea y por las tribus de los francos como medios de adivinación en los tiempos anteriores al descenso de la Vieja Noche.

Las cartas, aparentemente, correspondían a la estratificación de la sociedad de su tiempo, con los diversos palos representando a los guerreros, los sacerdotes, los mercaderes y los trabajadores. La creencia antigua sostenía que el futuro podía leerse en los patrones de las cartas conocidas como los Arcanos Mayores, pero tales tradiciones eran conceptos obsoletos en aquella galaxia laica y descolorida…

Salvo que no importaba cuánto barajara y echara aquellas cartas sobre la pulida superficie del atril, el patrón era siempre el mismo.

La Luna, el Mártir y el Monstruo se disponían en triángulo. El Rey aparecía invertido a los pies del Emperador en un lado del patrón y en el otro, también invertido, estaba la Paloma —una carta que los académicos postulaban que se trataba de un símbolo de esperanza—. La carta que acababa de echar coronaba el patrón, una carta que había cambiado poco a lo largo de los siglos y cuyo significado, si bien a veces malinterpretado, era inconfundible.

La Muerte.

Oyó los pasos y vio al capitán Shang acercándose, vestido con su armadura de combate y envuelto en su capa ceremonial negra de reluciente patagio. Las alas llameantes de su casco enmarcaban la máscara mortuoria del cráneo de un alienígena, la pronunciada mandíbula inferior proyectada más allá de su garganta.

A espaldas de su palafrenero, el Acechante Nocturno podía ver en las pantallas el delicado orbe en rotación que era Nostramo. Gruesas nubes de contaminación circundaban el planeta gris, salpicado de amarillos tumefactos y marrones leprosos. La luna bombardeada con radiación de Ténebor sólo era visible como una enfermiza esfera emergente de la cancerosa corona del sol moribundo del sistema.

—¿De qué se trata, capitán? —dijo el Acechante Nocturno.

—Un aviso del coro, mi señor.

El Acechante soltó una risa amarga.

—¿Mis hermanos?

—Es posible, mi señor —dijo Shang—. Los astrópatas perciben una onda psíquica que parece indicar que una gran cantidad de naves se acerca a

través del Empíreo.

—Dorn —dijo el Acechante, volviendo su atención a las cartas frente a él.

—Sin duda. ¿Cuáles son vuestras órdenes, mi señor?

Mirando una vez más al mundo de su juventud, el Acechante Nocturno sintió la rabia siempre presente bullendo bajo su piel como el magma bajo la frágil superficie de un planeta muerto.

—Nostramo fue una vez el paradigma de un planeta pacificado, Shang —dijo—. Su población se había mantenido sumisa gracias al miedo al severo castigo que infligiría a cualquiera que incumpliera la ley. Cada ciudadano sabía cuál era su lugar y que romper la ley significaba su muerte.

—Lo recuerdo, mi señor.

—Y ahora volvemos a esto… —dijo el Acechante, apartando las cartas del atril para revelar el texto de una lista que se desplazaba lentamente—. Un asesinato cada once segundos, una violación cada nueve segundos, el número de crímenes violentos se incrementa exponencialmente mes a mes, los índices de suicidios se duplican cada año. En una década no quedará nada del mundo ordenado que dejé tras de mí.

—Sin el miedo a la represalia la humanidad revierte a sus más bajos instintos, mi señor.

El Acechante Nocturno asintió.

—Ésta es, Shang, la prueba definitiva de que la creencia del Emperador en la bondad de la humanidad es un disparate de la peor especie.

Shang dudó antes de preguntar:

—¿Entonces tenéis intención de continuar con el ataque?

—Por supuesto —dijo el Acechante, mirando fijamente al planeta condenado—. Sólo las medidas más extremas servirán como ejemplo de nuestra fuerza de voluntad. Nostramo ya está muerto para nosotros. Hemos venido a por todos vosotros…

El primarca caminó por el pasillo central del estrategium hasta situarse bajo la imagen de Nostramo. La luna asomaba un poco más detrás del planeta y la luz que reflejaba tiñó los cascos de la flota de los Amos de la Noche: media centuria de naves dispuestas en formación de combate sobre

el enfermo y corrupto forúnculo que eran las espirales laberínticas e infestadas de crimen de Nostramo Quintus.

Muy por debajo había una gran herida en la superficie, la profunda sima que su abrasadora llegada había dejado sobre la corteza del planeta. Desde que había emergido de sus profundidades infernales había conocido un dolor y un sufrimiento que ningún otro podría siquiera concebir. Había sobrellevado el dolor de su torturada infancia y vivido con la dolorosa conciencia de su propia muerte.

Y sus hermanos se preguntaban por qué parecía moribundo…

Oyó la conmoción junto a él y más allá antes de que nadie dijera una palabra. El Acechante Nocturno podía sentir la presión desgarradora de decenas de naves emergiendo del Empíreo con sentidos más allá de los cinco que poseían sus huestes.

—Demasiado tarde, hermanos míos… —susurró—. Me habré ido mucho antes de que podáis detenerme.

El Acechante dirigió una última mirada a Nostramo y dijo:

—A todas las naves. Abran fuego.

Lanzas incandescentes de haces cegadores salieron en erupción de los cañones de incontables baterías, apuñalando el mundo que se encontraba debajo. Convergiendo y multiplicando su energía, el poder de mil estrellas encerradas confluyó en un único pilar de luz más grueso que la más amplia espiral de Nostramo Quintus.

El enorme rayo disipó la oscuridad que rodeaba Nostramo, con sus cielos bañados en luz mientras el fuego florecía por el terrible calor que el bombardeo de los Amos de la Noche había inflamado en el aire en kilómetros a la redonda.

La lanza cegadora de pura energía penetró la impermeable superficie adamantina de Nostramo a través de la antigua línea de fractura abierta por la llegada del primarca. Energías inimaginables escavaron capas y capas del planeta hasta alcanzar su núcleo en una devastadora explosión como rara vez había visto la galaxia.

El Acechante Nocturno contempló la muerte de Nostramo con un calmado desapego, sintiendo caer sobre él la enormidad de la acción que acababa de llevar a cabo como un oscuro velo. Extrañamente, no era la carga que esperaba. A medida que veía separarse las placas tectónicas partidas y el corazón derretido del planeta derramarse, devorando el paisaje y quemando la atmósfera, la única sensación de la que fue consciente fue un intenso alivio.

El pasado estaba muerto y había mostrado que el credo por el que había vivido era más que simples palabras vacías. La onda de choque de aquel acto terrible resonaría por todo el Imperio y atraería la atención de los que, como él, comprendían los sacrificios que eran necesarios para preservar la galaxia para la humanidad.

Nostramo ardió y el Acechante Nocturno dijo:

—Llevaré la carga de este mal sobre mí y no la temeré, puesto que soy el miedo encarnado…